

calificar con este título sino á los viciosos y á los libertinos. Espero que me concederéis este favor mismo en gracia del Cristianismo, que me glorio de profesar y predicar. Infinitamente me desagradaría que con esto creyéseis que tengo pensamientos de entrar con vos en controversia: el carácter de controversista lo miro yo mucho tiempo há como indigno de un cristiano. Muchas veces sucede, que disputando sobre la Religión, se pierde el respeto debido á la Religión misma. Los espíritus se inflaman en orden á los dogmas sobre que no seremos juzgados; y despues se ponen desgraciadamente bajo los piés las mas sagradas obligaciones, que decidirán de nuestra eterna salvacion. No quiero decir con esto que no sea necesario amar sinceramente la verdad, y que la indiferencia en materia de religion no sea un horrible anticristianismo. Las verdades que Dios nos ha revelado, y las que podemos descubrir con la luz de la razon, que para este fin se nos ha dado, se merecen todo nuestro respeto y nuestro amor, y no debemos omitir el instruarnos en ellas; pero hay grande diferencia entre el amarlas y buscarlas, y condenar como herejes á aquellos que nos parece que no han tenido la suerte de encontrarlas como nosotros. Sea de esto lo que se fuese, lo repito: poco me importa que se me dé este nombre, adherido invenciblemente á la doctrina de Jesucristo mi Salvador, y Salvador de todos los hombres; me uno á ellos con todo mi corazon en aquello que tienen de comun conmigo; y en esta disposicion de ánimo en que me hallo me seria muy molesto el oponerme, y contradecirles en aquello que los diferencia de mí. Espero obtener otro tanto de vos; y pidiéndoos perdon de la libertad que me he tomado en escribiros esta carta, os suplico que la atribuyais al indecible gusto que he tenido con la lectura de vuestro piísimo y preciosísimo libro. Me haréis un favor muy considerable si me participais que tendré la satisfaccion de ver una continuacion de *Meditaciones* sobre los Hechos de los Apóstoles, y de sus divinas Epístolas, que tengo la osadía de esperar de vuestro celo verdaderamente cristiano. Permiéndooslo vuestra salud, ¿podréis hacer un uso mejor de vuestros talentos y de vuestras luces que emplearlas en favor de la Iglesia de Jesucristo? Esta quedará grandemente edificada; y los verdaderos fieles, tanto romanos como reformados, os quedarán sinceramente obligados. Excusad, señor mio, estos sentimientos de mi corazon, que habla de la abundancia; ó por mejor decir, excusad mi ingenuidad: ella no disminuye un punto la perfecta estima y singular veneracion con que tengo el honor de protestarme

«De V. humilísimo y obedientísimo servidor,

ISAAC NALLAT, rector de la iglesia de San Pedro
en la isla de Quernesey de San Maló.»

Respuesta del señor abate Duquesne al Sr. Isaac Nallat, ministro protestante.

«La carta con que me habeis honrado, señor mio, es verdaderamente graciosísima y obligantísima; y me veria en la precision de responder á todos los elogios que en ella me dais, si creyese merecer alguna parte de ellos, ó si le fuese lícito á un ministro de Jesucristo el perder de vista por un solo momento

su propia debilidad y su insuficiencia. *Á Dios solo sea el honor, la alabanza y la gloria.* Permitidme, pues, que tribute en obsequio á aquel Dios que solo merece ser alabado, la impresion que ha hecho en vuestro espíritu *el Evangelio meditado*, y que lo bendiga por haberos inspirado tales sentimientos. Por otra parte, debeis saber que yo no he hecho otra cosa que poner en ejecucion un plan admirable, y los preciosos materiales que me suministró mi augusto Prelado ¹, de los que es autor un hombre célebre ². ¡Qué manantial, pues, de gracias no debe ser para vos aquel respeto, de que me parece estais penetrado, por lo sublime de la doctrina, y por la excelencia de los santos preceptos que contiene este libro! Quiera el cielo que os acomodeis una vez á las miras de la misericordia eterna que os previene, y que enjagueis las lágrimas de la Iglesia inconsolable por vuestra pérdida, poniéndoos á los piés de su tribunal, erigido por las manos de nuestro adorable y comun Maestro, sometiéndoos á aquella autoridad visible y enseñante, que Jesucristo ha dado por freno á la debilidad de la razon, y que la debía dar segun sus infalibles promesas... La buena fe (permitidme que os lo diga), la buena fe de que estais animado, y la pena misma que os causa el nombre de hereje, que en todos tiempos se ha dado á los que abandonan el cuerpo de la Iglesia, dan valor á la esperanza que he concebido, y fomento con grande complacencia.

«Dignaos de llamar á vuestra memoria aquel pensamiento de san Agustin, de que vosotros y nosotros nos servimos contra los judíos y contra los incrédulos. La Escritura santa es inaccesible al orgullo: ella es aquella espada de dos filos, de que habla el Espíritu Santo; aquella columna misteriosa, que de una parte derrama una luz vivificante sobre los verdaderos israelitas, los humildes de corazon, y de otra esparce tinieblas vengadoras sobre los pretendidos del siglo, que creyéndose la prosapia santa, los herederos de la alianza y los intérpretes de los sagrados oráculos, la leen siempre con un velo sobre los ojos.

«¡Ah! creedme, señor mio: el espíritu de la Escritura, que solo puede dar la vida, no ha sido prometido sino al cuerpo de la Iglesia establecida por Jesucristo. Tampoco es intencion mia entrar con vos en controversia: me debo contentar con suplicar á aquel que es el camino, la verdad y la vida, que se digne de llamaros á sí, de iluminaros y de vivificaros: me ceñiré solo á ofrecerle fervorosas oraciones, no cesaré dia y noche de encomendarle vuestra alma; y haré aun mas: me ofreceré como san Pablo á ser anatema por vos.

«Sí, carísimo señor, uniré mis lágrimas á las que derrama la Iglesia sobre el estado de un alma tan prevenida y tan enriquecida de dones como la vuestra: estos serán los ardientes votos que ofreceré al Altísimo por vuestra santificacion, que podrán moverlo á concederos la pura luz de la fe católica: estos, y no otros, serán los medios que emplearé para implorar de Dios una tal gracia. Ningun agradecimiento es necesario; y todos son inútiles cuando se trata de hacer la obra del Señor. Supuesto este principio, que me constituyen incontrastable mi Religión y mi experiencia, me atenderé solamente á los socorros que podemos esperar de la oracion. Tampoco quiero prevalerme de

¹ El ilustrísimo señor de Beaumont, arzobispo de Paris.

² El P. Girandeu.

una contradiccion que se ve en vuestra carta, en que despues de haber dicho que *el Cristiano no será juzgado sobre los dogmas de su Religion*, añadís dos líneas mas abajo, que *la indiferencia por la verdad en materia de religion es un horrible anticristianismo...* No os hago comentario alguno, y me contento con decir entre mí á mí mismo, que no se puede conciliar el Espíritu Santo con el espíritu particular; y que para acercarse á Dios y estar penetrado de su gracia, es necesario humillar la propia razon bajo el yugo sagrado de la autoridad de la Iglesia.

«Acabo esta carta con responder á aquello con que concluís la vuestra. Me propongo dar una continuacion al *Evangelio meditado*, y me ocupo en tratar de la misma manera los Hechos de los Apóstoles y sus cartas. Este último trabajo requiere mucho tiempo, mucha diligencia y mucha fatiga. Tengo el honor de ser con la mas perfecta estima

«De V. humilde y obligado servidor.—EL ABATE DUQUESNE.

«París 25 de abril de 1777.»

ADVERTENCIAS.

1.^a Lo que en estos libros va notado á la márgen con esta señal « es el texto del Evangelio hasta encontrar con esta otra... » Si no obstante esta prosiguen las comillas al márgen, es continuacion del texto, ó del mismo Evangelista, ó de otro de los citados al principio de la Meditacion, que habla del mismo paso que allí se medita, y que se pone para ajustar la concordia.

2.^a Habiendo innovado el traductor italiano en la traduccion del texto de los Evangelistas, dejando la del autor francés y siguiendo la italiana que hizo el Ilmo. Sr. Martini, obispo que fue de Turin y despues arzobispo de Florencia, de toda la Escritura, y por consiguiente de los Evangelios, ha parecido conveniente en esta traduccion española, sin entrar á preferir la autoridad de tan flustres escritores, y menos á censurarla, poner los textos del modo mas claro, perceptible y literal.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Son muchos los que ya ha tiempo desean con ansia que se dé á la luz una obra de meditaciones sobre el Evangelio, ó sea del texto evangélico todo entero, y reducido por órden á meditacionnes. Los que han trabajado sobre todo el texto se han contentado con hacer sobre cada versículo ciertas reflexiones desunidas, y frecuentemente entre sí desemejantes, que no forman un todo, y no suministran para cada dia materia de meditacion fija y determinada. Los que han dado á luz meditaciones sobre el Evangelio, se han ceñido á algunos pasos particulares que les han ofrecido algunos versículos del sagrado texto, ó á los Evangelios que se leen en la misa: de esta manera no presentan á la mente de los fieles otra cosa que retazos separados y reflexiones limitadas sin órden ni conexion. Ni los unos ni los otros han pensado en explicar el sentido literal del Evangelio, en desatar las dificultades que en él se encuentran, en seguir la concordancia de los Evangelistas, en conciliar los textos que parecen opuestos, ni en sacar de ellos verdades morales entre sí unidas y sucesivas. ¿Por ventura les pareció esta empresa superior á sus fuerzas? Pues ¿cuánto mas debe ser á las mias? Y verdaderamente lo es en efecto. Pero confio en aquel que da la sabiduría á los pequeños, y fuerzas á los débiles; y me atrevo á esperar que no permitirá que queden del todo inútiles mis esfuerzos.

No se debe, pues, confundir esta Obra con tantos libros de meditaciones sobre la concordia, de meditaciones sobre el Evangelio, y de meditaciones para todos los dias del año: es cosa clara que nada tiene de comun con aquellas: mi designio es no sola-

mente dar á los fieles todo el texto sagrado de los cuatro Evangelistas para meditarlo, y ofrecerles asuntos de meditaciones tan instructivas como interesantes, sino de presentarles unidas entre sí todas las ventajas que se hallan esparcidas en todos los otros libros compuestos para explicar el Evangelio.

Se hallará en esta Obra la série de la historia evangélica, la concordancia de los cuatro Evangelistas, el análisis del texto con su explicacion; se hallarán reflexiones morales, un comentario continuado, el sentido literal y espiritual explicado y reunido bajo un mismo aspecto. Se dará cada paso particular declarado separadamente, dividido en sus puntos naturales, y subdividido segun el órden del texto y la oportunidad de la materia. Finalmente, se hallarán aquí asuntos de homilias, de exhortaciones, de instrucciones familiares, de que cada meditacion es como un diseño, que cada uno podrá fácilmente aumentar y perfeccionar segun lo pidan las circunstancias.

Por otra parte, es de mucho consuelo para un alma ó para una familia cristiana pensar que haciendo cada dia la meditacion, ó solo un cuarto de hora de leccion espiritual, habrá en el giro del año recorrido todo el texto del Evangelio, y habrá leído todas las acciones y las instrucciones de Nuestro Señor que han pasado hasta nosotros por medio de sus santos Evangelistas; y este es el motivo por que he distribuido esta Obra de manera que en ella se halle una meditacion para cada dia del mes.

Muchas personas de piedad se lamentan de que experimentan sequedad en el ejercicio de la meditacion. Pero ¡ah! que entre otras muchas causas de esta sequedad, se puede en parte atribuir á los objetos mismos de sus meditaciones, por ser estos demasiado estériles; y á la manera con que vienen propuestos, que es ordinariamente muy abstracta. Aquí en cada objeto la materia es abundante, y se encuentran las verdades mas sublimes, revestidas de las circunstancias del tiempo, del lugar y de las personas, lo que hace fijar la imaginacion, impide las distracciones, y suministra un espectáculo capaz de ocupar el espíritu sin afan y sin disgusto. Una verdad representada en accion, parece que

toma cuerpo y se hace palpable. Así meditaban los sagrados Libros tantos hombres santos, y en ellos encontraban delicias tan abundantes, que por atender á ellas, se lamentaban de que se les huian las noches con demasiada rapidez. No pensamos hacer el elogio de este libro, si solo el del Evangelio, que se presenta á la meditacion de los fieles, con decir, que leyéndolo el cristiano, queda instruido en la religion y en las obligaciones que lleva consigo: que aprende á conocer á *Dios Padre*, y á *Jesucristo* su Hijo, único Señor nuestro, y á pensar segun el *Espíritu de Dios*: que se desengaña de los vanos errores de que están preocupados los mundanos: que se libra de las supersticiones y de los vanos escrúpulos con que muchas veces se deshonra la verdadera piedad: que el verdadero fiel se llena aquí de una viva fe, de la esperanza de los bienes eternos, y del amor para con el sumo Bien: que á su corazon le procura la verdadera paz y los medios para adquirir aquel consuelo sólido que solo viene de Dios, que endulza todos los males, y que solo es capaz de sustentarnos en todas las circunstancias críticas y dolorosas de nuestra vida.

Todo el texto sagrado de los cuatro Evangelistas forma las presentes Meditaciones, y en ellas se encuentra cuási todo traducido; pero ó sea en la traduccion, ó sea en la concordia, no tomo en vista autor alguno particular. Muchas veces la necesidad de dar á entender la energía de una expresion ha obligado á traducir mas literalmente de lo que se suele, y varias veces, para representar el texto de un Evangelista en toda su fuerza, se han omitido algunas particularidades de la concordia, que podrian ocasionar mas confusion que ventaja.

Como esta Obra se ha escrito sin prevencion ni sistema, no hemos seguido interpretaciones particulares, sino la comun de los intérpretes, habiendo añadido solo en ciertas ocasiones algunas notas singulares.

En los libros como este, en que el texto de cada Evangelista no se pone seguido, no se puede muchas veces saber dónde se encuentra algun paso que se queria consultar: para obviar este inconveniente se ha puesto en cada volúmen, fuera del índice de

las meditaciones, otro del texto, que señala en qué meditacion se emplea cada parte de aquel mismo texto.

Los que querrán servirse de este libro escogerán una meditacion para cada dia: en ella se entretendrán, y de ella sola se alimentarán, sin pasar á la que se sigue. Si no pareciese conveniente á la propia persona algun punto de meditacion, podrá dejarlo, y pasar á otro; y si fuese una meditacion entera la que no conviene, será bueno tomar alguna de las que ya se han meditado, y no adelantarse curiosamente á anticipar la leccion de la siguiente. Esta inquietud desconcertaria el órden prescrito, turbaria la paz del corazon, y presto se seguiria la saciedad, la náusea y el disgusto.

Ó sea que este libro se lea, ó sea que se medite, es necesario sobre todo estar á las palabras del texto, que son la pura palabra de Dios; y solo detenerse en las palabras del hombre, en cuanto ayudan á comprender la de Dios, de la que todo cristiano debe llenar su corazon, su espíritu y su memoria.

Me doy prisa á concluir este libro, esperando con una suerte de confianza entrar á parte de las oraciones de aquellos que sacarán de él algun provecho espiritual.

EL

EVANGELIO MEDITADO.

MEDITACION PRIMERA.

EXORDIO DE SAN LUCAS SOBRE LAS DISPOSICIONES QUE SE REQUIEREN PARA LA LECCION Y MEDITACION DEL SANTO EVANGELIO.

(Luc. 1, 1-4).

Consideraremos aquí cuatro de estas disposiciones, que formarán los cuatro puntos de la presente meditacion. Nos dispondremos á la meditacion del Evangelio con ardor, con fe, con exactitud y con confianza.

PUNTO I.

Es necesario meditar el Evangelio con ardor.

Primeramente, *el ejemplo nos debe inspirar este ardor...* «Ya que muchos, dice san Lucas, se han esforzado á formar la relacion de las cosas acaecidas entre nosotros, como nos las contaron los que desde el principio las vieron, y fueron ministros de la palabra... Me ha parecido á mí tambien, despues de haberme informado muy bien cómo pasaron desde el principio, escribirtelas por órden, ó óptimo Teófilo, para que conozcas la verdad de las cosas que te se han enseñado...» San Lucas se movió á escribir su Evangelio del ejemplo de los otros, ó sea de los santos evangelistas Mateo y Marcos, que habian escrito antes que él, pero que no lo habian escrito todo; ó sea del ejemplo de los Evangelistas desechados en aquel tiempo por la Iglesia, y que no habian escrito guiados del Espíritu Santo: tambien nosotros debemos animarnos á leer y meditar el Evangelio del ejemplo de los Santos, y aun de los mundanos. *Ya que muchos leen y meditan el Evangelio con tanta atencion y frecuencia, y encuentran en él tantas delicias, y sacan de su leccion tanto fruto; ¿por qué no los imitaré yo? Ya que muchos con tanta seriedad se ocupan en una multitud de frívolos objetos; ya que yo mismo he per-*